

Las religiones semitas y el diálogo de civilizaciones

María Gabriela Mata Carnevali*

La propuesta del *Diálogo entre civilizaciones* original de Muhammad Jatami, explora los caminos a través de los cuales pueden dialogar Oriente y Occidente en una era en la que este último se aferra a su posición de supremacía, por todos los medios disponibles, incluyendo la difamación. Jatami (2006:128), invocando a Sócrates, nos invita a todos a hacer gala de un “alma educada, purgada y humilde y renunciar a la idea de la posesión de la verdad”. Y advierte: “El dominio de una única forma de cultura sobre sus rivales ocurre unas veces por la fuerza y otras, como en nuestro tiempo, con la ayuda de la tecnología de la comunicación” (p. 152)... Pese a que la tendencia de crear enemigos, un instrumento conocido en la política, es el fruto de la ilusión, sus consecuencias son trágicas, empero, no son ilusorias” (p. 131). Por eso dice: “debemos aprender a amar al prójimo en las propias fronteras de su existencia peculiar” (p. 131).

¡Qué lejos estamos de este ideal todavía! Los extremistas de Oriente y Occidente han llevado al mundo a un abismo de terror. El profesor Elías Capriles (2006) sostiene que la religión tiene mucho que ver en todo esto.

También lo creo. Las Torres Gemelas del World Trade Center y parte del Pentágono destruidos en una “acción terrorista” perpetrada por grupos fundamentalistas islámicos, y el “terrorismo de Estado” puesto en práctica por Estados Unidos en Afganistán e Irak, nos hablan del poder de las convicciones, incluidas las religiosas.

Hombres y mujeres con formación musulmana, completamente seguros de la honorabilidad de su “causa”, pusieron en un segundo plano sus vidas, y las de miles de ciudadanos norteamericanos, con tal de infringir un golpe sustantivo a la arrogancia de la primera potencia mundial, protestando de esta manera contra los atropellos de los que se sentían objeto.

George W. Bush, hijo de su papá, cristiano fundamentalista, miembro del Partido Republicano y Presidente de los Estados Unidos, país renombrado “policía del mundo” desde el final de la guerra fría, plenamente convencido de su “superioridad”, no puede aceptar que este hecho quede impune y asume la revancha de espaldas al Derecho Internacional.



En nombre de Dios se han cometido y se siguen cometiendo toda clase de atrocidades. Pero, el pobre Dios no tiene la culpa. Como señalan Díaz (1997) y Mansilla (1999), la mayoría de las críticas eruditas de la esfera de lo sagrado no diferencian entre la religión y sus múltiples instituciones y tampoco entre el núcleo filosófico de la religiosidad y los dogmas para consumo popular. Las instituciones y los dogmas son obra de los hombres y, por tanto, han sido y son concepciones proclives a ser manipuladas para los fines más nobles o innobles (pónganle ustedes el adjetivo que mejor les parezca) como las pasiones nacionalistas, las luchas étnicas, las guerras civiles o mundiales, y la defensa de privilegios insostenibles.

Capriles (Op. cit.) sin negar este hecho, afirma que el problema de la violencia es propio de las religiones monoteístas de origen semita, dado que tanto el Cristianismo como el Islam se ven a sí mismos como la “verdad verdadera”, sancionada divinamente por un Dios único para reinar sobre toda la humanidad y predestinada a lograr dicho objetivo. Dice textualmente:

En general las religiones monoteístas de origen semita afirman ser las exclusivas poseedoras de la verdad única y absoluta, revelada por un dios igualmente único y absoluto para que reine sobre la humanidad entera: la justificación de la jihad fue también la justificación de las cruzadas, así como de la conquista europea de América y de buena parte del mundo.

Sin embargo, aclara:

Afortunadamente, no todas las religiones son de este tipo: hay religiones que no transmiten una verdad supuestamente única y absoluta dictada por un dios igualmente único y absoluto, no son dogmáticas, y ni siquiera postulan la existencia de un dios, sino que se limitan a transmitir métodos para la transformación de la conciencia descubiertos por hombres como los demás, pero que superaron el error en la raíz de la crisis ecológica, constituido por nuestra percepción fragmentaria y nuestra creencia en la verdad o falsedad absoluta de nuestros pensamientos... En vez de ser “opios de los pueblos” que nos consuelan con la esperanza de un futuro paraíso en un “más allá” a fin de impedir que transformemos el “acá,” tales religiones tienen por objeto la transformación del “acá” en el paraíso.

Es decir, contraponen claramente dos tipos de religiosidad; las del primer tipo podrían incluso justificar la extinción de la especie humana en una guerra final destinada a la conversión de la totalidad de nuestra especie a la “verdadera religión revelada por el único dios”. Las del segundo tipo implican tolerancia, ofrecen un remedio para la causa de nuestros males, incluyendo el más terrible de nuestra época: la crisis ecológica que amenaza la continuidad de la vida en el planeta. Se refiere, entre otras, al budismo, el taoísmo, el shivismo y el raja yoga.

Pero, señalar una religión sobre otra es contrario al espíritu del Diálogo entre Civilizaciones. Por todo esto,

en nombre de la “supervivencia” apostamos por la ESPIRITUALIDAD, intrínseca pero diferente de la religión, actitud personal de misticismo que va más allá de los rituales y constituye antes que nada el hacerse uno con Dios, sin importar su nombre. Es más, el nombre sería un estorbo. Según Chandrají Maharaj (2006):

Las aproximaciones a lo Divino a través de varias formas y nombres como Sri Rama, El Señor Buda, el Señor Mahavir o el Señor Jesús, no le permite a la psique humana trascender esas formas o nombres del Todopoderoso, pues éstos se convierten en barreras para alcanzar la Realidad Última. En el caso del profeta Mahoma, quien deliberadamente pidió a sus seguidores que no lo adoraran, el Sagrado Corán tomó el lugar de la Personalidad...

Rumi, un poeta sufí, lo expresó de este modo:

Examiné la cruz de los cristianos, del principio al fin. No estaba en la cruz. Fui al templo hindú, a la pagoda antigua. En ninguno de ellos encontré ningún signo. Fui hasta las cumbres de Herat y Kandahar. Miré a mi alrededor. Él no estaba ni en las cumbres ni en el valle. Resueltamente, fui hasta la cima de la montaña de Kaf. Sólo encontré un nido de pájaro Anqa. Fui a la Kaaba. Tampoco estaba allí. Pregunté su paradero a Ibn Sina: estaba más allá del filósofo de Avicena... Miré en mi propio corazón. Y en este lugar, por fin, le vi (Citado en: Idries Shah, 1975).

Así pues, el reto es primero que todo individual. Vamos entonces, como dice Muhammad Jatami (2006), “a soplar en el cuerpo áspero y seco de la política, el alma de la ética y la espiritualidad, haciéndolo más fino y más humano”.

Todos somos hijos de Dios y en nuestra relación con él, lo que menos importa es el nombre que nos han enseñado a darle. Todas las religiones predicán el amor. Krishna Buda, Moisés, Jesús y el Profeta Mahoma verían con agrado que comenzáramos a practicarlos.

Referencias

- Capriles, E. (2006). El proyecto nuclear de Venezuela, el “derecho” de Irán a la energía nuclear y la contraposición de dos tipos de religiosidad. En: *Humana del Sur*. Año 1, No. 1.
- Díaz, C. (1997). *Manual de historia de las religiones*. Editorial Desclee de Brouwer, Bilbao.
- Idries Sha (1975). *Los sufíes*. Luis De Caralt Editor S.A., Barcelona.
- Jatamí, M. (2006). *El diálogo entre civilizaciones*. 2a. edición en español. Centro de Estudios de África y Asia “José Manuel Briceño Monzillo”, ULA, Mérida/Embajada de Irán.
- Mansilla, H. C. F. (1999). *Tradición, modernidad y posmodernidad*. CIPOST, Caracas.
- Sri Ram Chandra Majaraj (2006). *The path of grace*. Primera edición revisada. Sri Ram Chandra Publishers, Hyderabad.

*Centro de Estudios de África y Asia “José Manuel Briceño Monzillo” Universidad de Los Andes.
E-mail: mariagab@cantv.net